

JOSE DE C. SERRA RAFOLS

El problema de los llamados Museos locales

Separata del Boletín de la
Biblioteca - Museo Balaguer,
núm. II, 1954, páginas 63-72.

VILLANUEVA Y GELTRU, 1954

El problema de los llamados Museos locales

JOSÉ DE C. SERRA RÁFOLS

Se ha venido en llamar museos locales aquellos que están radicados en poblaciones que no son una gran capital. La delimitación es sumamente vaga, ya que, para no salir de Cataluña, los museos, por ejemplo de Tarragona o de Gerona, difícilmente admitirán la denominación de «locales», sin que el radicar en capitales de «provincia» pueda ser argumento para diferenciarlos de los de otras ciudades. La capitalidad de una cosa tan artificial como la «provincia», tiene entre nosotros poco valor. La tradición, ya de más de cien años, de las «provincias», creadas siguiendo servilmente el modelo de los departamentos franceses, no ha bastado para darles otra categoría que la administrativa y a sus capitales otro carácter que el de centros burocráticos. La importancia de las ciudades que en Cataluña asumen su capitalidad, radica en otras circunstancias de más valor que esta capitalidad, tan sin prestigio, que las denominaciones «provinciano» y aún «provincial», muchas veces se toman en sentido peyorativo, y no sin motivación.

Pero si tales museos de capitales de provincia no se clasifican entre los locales, también hay otros que, por motivos más valederos, caen fuera de esta denominación, tales los diocesanos, aunque entre ellos los haya, como el más prestigioso de todos, el de Vich, que poseen en sus colecciones materiales que nada tienen que ver con su carácter eclesiástico. Para entendernos denominaremos museos locales, los que, con un carácter generalmente municipal (sin que todos lo sean y sin que deje de haber museos dependientes de municipios que no escapen al patrón general de aquéllos, como varios de los sobresalientes museos barceloneses), coleccionan preferentemente materiales que proceden de la localidad o de sus más inmediatos alrededores. Con ello excluimos museos de carácter monográfico como el del Vino, de Vilafranca del Penedés, el de la Piel, de Igualada, el de las ruinas de Empúries, los tres de Sitges y otros varios.

Lo cierto es que en una gran cantidad de poblaciones grandes y pequeñas de nuestra tierra han sido creados museos más o menos importantes, y que

su número aumenta continuamente. Desde los que cuentan con una antigüedad considerable, y un carácter especial que los distingue de los demás, como el fundado por Víctor Balaguer en Vilanova, hasta otros muy recientes como el de Molins de Rey, se escalonan en número de varias decenas y es de prever que sigan naciendo otros en un plazo no muy largo.

¿Este intenso movimiento museístico ofrece sólo ventajas y por lo tanto hay que apoyarlo decididamente o, al contrario, presenta inconvenientes y hay que poner obstáculos a su desarrollo? Creemos que vale la pena de analizar este fenómeno para deducir la actitud que conviene adoptar ante él.

En primer lugar no cabe duda de que tales creaciones no son artificiales, en el sentido de que ninguna persona ni entidad se haya propuesto incrementar el número de museos y hacer de ello una, digamos, política cultural. Ni el Estado, ni las Diputaciones Provinciales, ni otras corporaciones impulsan preconcebidamente la formación de nuevos museos, que, en efecto, no son creaciones estatales ni casi, en su origen, en la mayoría de los casos, oficiales, ya que nacen, por lo general, de personas o núcleos privados que, luego, para dar estabilidad a sus proyectos, buscan el patronato de los respectivos municipios, el cual no siempre obtienen con facilidad. Es, pues, un movimiento espontáneo nacido al calor de un ambiente cultural originado en grupos indudablemente restringidos, pero que forman lo mejor de cada localidad desde el punto de vista espiritual. Otra prueba de esta espontaneidad y de la alta calidad cultural de quienes los crean, es que en la mayoría de los casos sus mantenedores lo hacen sin miras materiales de ninguna clase, ya que es frecuente que en tales museos, quienes llevan el peso de su conservación, no perciban retribución alguna, y cuando hay alguien que devengue algún honorario (prescindiendo de porteros u ordenanzas) sea tan modesto que no pueda ser tentación para nadie. De todo ello inferiríamos que un movimiento tan noble sólo merece ayuda y colaboración, y que el ideal parecería ser que en cada ciudad o pueblo hasta el más pequeño existiese su grande o reducido museo como existe la escuela y debería existir la biblioteca y como pasa, en la mayor parte de Europa. En realidad nadie encontraría obstáculo a esto, ya que, como hemos dicho, tales instituciones originan gastos muy pequeños, los cuales vienen siendo sufragados en muchas ocasiones por sus entusiastas creadores y mantenedores, y en todo caso gravan muy parcamente los fondos públicos.

Ahora bien, la pugna en torno a los museos locales se ha originado al desarrollarse la investigación arqueológica, concretamente la de la arqueología prehistórica, protohistórica y clásica. Nadie encuentra obstáculo en que determinados objetos de interés local, y únicamente local, en vez de ser abandonados y destruidos, encuentren digno cobijo y salvaguarda en un lugar de

la ciudad o pueblo, donde tales reliquias del pasado sean conservadas como rememoración de momentos de la vida pretérita de la población. Pongamos algunos ejemplos que precisamente por su vulgaridad resulten evidentes: las antiguas pesas y medidas, las insignias de autoridades desaparecidas, los objetos o documentos que recuerden hechos importantes para el pueblo, determinados elementos de valor artístico o tradicional que formaron parte de edificios desaparecidos, los recuerdos de personas que fueron importantes en el pueblo, pero cuya fama a veces traspasó escasamente los límites de la comarca de su nacimiento o residencia, etc. Estas cosas, en su ambiente y lugar de origen, tienen su importancia; fuera de él descienden fácilmente a la categoría de trastos viejos. No es posible pensar en instalarlas en un gran museo, donde harían un pobre papel, pero es doloroso que se destruyan y desaparezcan. Es como los pequeños recuerdos íntimos que todos conservamos, que sólo tienen valor para nosotros, que fuera de nosotros, al no rememorar nada, son menos que nada, pero que conservamos mientras vivimos con más aprecio que cosas de valor que no suscitan en nosotros emoción alguna. Cada ciudad o pueblo, es en este aspecto, como un individuo, pero su vida es mucho más larga, y si una ciudad, villa o pueblo ha de ser algo más que una aglomeración de viviendas, estos pequeños, insignificantes a veces, recuerdos íntimos locales, forman un eslabón con las generaciones pasadas, un nexo entre todos los presentes, y un lazo que ha de unirnos con aquellos que nos sucederán. Despreciar tales objetos es despreciar un valor espiritual de primer orden. Suscitar respeto para ellos es como un homenaje que hacemos a nuestros antepasados y nos hacemos a nosotros mismos pensando en nuestros sucesores. De ahí el respeto enternecido con el que contemplamos tales reliquias, cuando las vemos dignamente guardadas y expuestas en una de estas pequeñas salas que a veces forman todo el museo local.

Ahora bien, hay objetos que, procedentes de una localidad, ofrecen un interés que depasa los límites de aquélla, para ser pieza de interés general, útiles o indispensables, para la reconstrucción histórica del pasado de todo un pueblo (en el sentido etnográfico de la palabra) o nación. Tal acontece con determinadas piezas que se exhuman en las excavaciones arqueológicas. Y querríamos llegar precisamente a este punto, para tratarlo en nuestra cualidad de arqueólogos profesionales y nuestra vinculación, a la vez, a un museo de una gran capital y a unos servicios o instituciones más extensos, provinciales y estatales.

Al llegar aquí hay que remarcar que, en la mayoría de los casos, entre las gentes de este remoto pasado y las generaciones presentes, existen sólo muy debilitados aquellos lazos afectivos a los que nos referíamos antes. Entre aquellas gentes primitivas y nosotros, no hay la comunión espiritual que sentimos

con generaciones más posteriores, en las que vemos realmente a nuestros abuelos. Aquellas gentes sólo mucho más tarde podrán recibir la denominación general de hispanos, que a través de la modificación del vocablo, nos recuerde un término presente, también general. Poco antes de poder ser llamados hispanos, sólo de ciertas localidades privilegiadas empezamos a conocer nombres que contienen la raíz de los actuales. Con anterioridad no tenemos más que el mundo anónimo de la Prehistoria, con gentes y culturas que la ciencia, para entenderse, ha bautizado con nombres artificiales. El vínculo entre las localidades de hallazgo y los restos que han dejado estas gentes, no es histórico y afectivo, sino más bien geográfico.

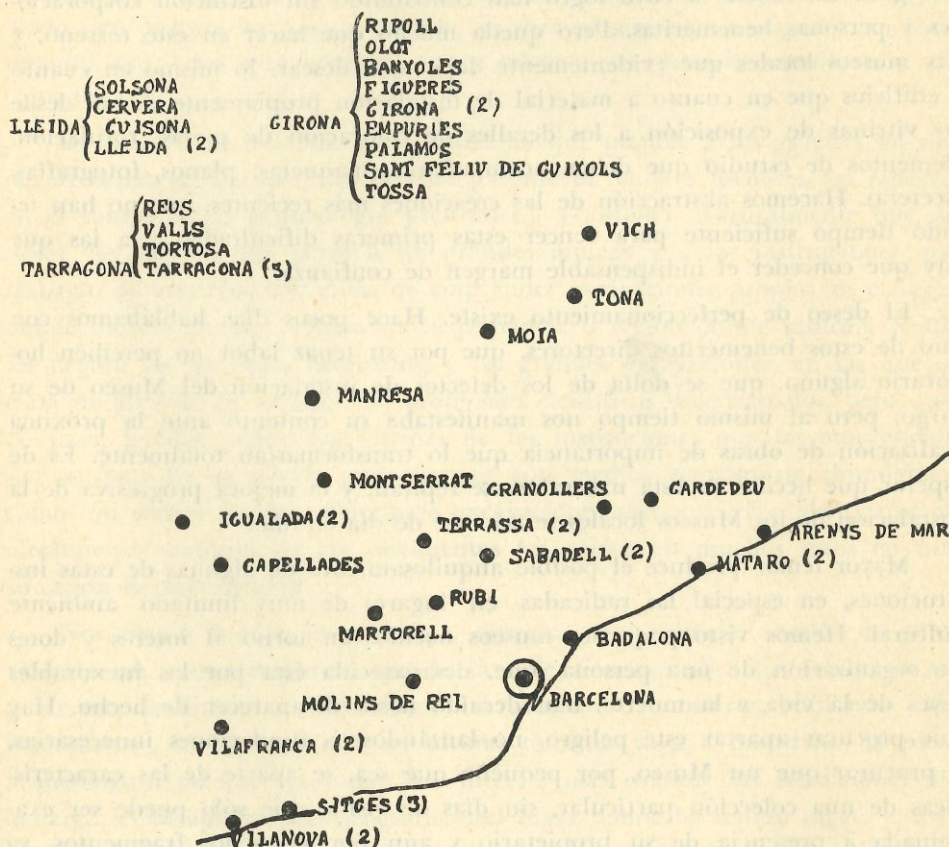
Pero si por un lado constatamos esto, por otro apreciamos que entre los reducidos núcleos cultos a los que interesan tales cuestiones, proporcionalmente todavía más reducidos en las grandes capitales que en las poblaciones menores, aquella afección subsiste con una gran fuerza. Hay que tener presente que los creadores y los mantenedores de los museos locales son raramente profesionales de la Historia o la Arqueología, pero sienten como nadie la pasión por el pasado, de cuya investigación y salvaguarda de los restos que nos ha dejado, hacen un verdadero culto. Son además los mejores conocedores del terreno que, materialmente, pisan, y sin su colaboración los centros de investigación, por bien orientados y estrechamente ligados al país que fuesen, trabajarían un poco en el vacío. Y hay que pensar que estos estudiosos dispersos por nuestros pueblos y ciudades, en muchas ocasiones trabajan cifrando toda su recompensa en el aumento del museo a cuya fundación o engrandecimiento han contribuido, y sin contar las más de las veces para sus estudios ni para el mantenimiento de la institución que guarda sus frutos, con la menor ayuda exterior.

Además, la nutrición de estas colecciones tiene un sólido apoyo legal. En efecto, el artículo 59 de la Ley del Tesoro Artístico, y el 82 del Reglamento para su aplicación, textos legales actualmente vigentes, dicen así: *La distribución de los objetos descubiertos en excavaciones, incautados o adquiridos por compra, se basará: Primero, en las condiciones de seguridad y buena instalación que ofrezcan los Museos, sean de la clase que sean, y, segundo, en la conveniencia de que se conserven en la localidad o en sus proximidades.*

Como puede observarse no se hace discriminación respecto a la clase de museos, ni se advierte que se trate únicamente de Museos del Estado, al contrario, se manifiesta taxativamente, SEAN DE LA CLASE QUE SEAN, advirtiendo acertadamente, que para poder guardar tales materiales, han de reunir «condiciones de seguridad y buena instalación». Si éstas existen en el grado deseable, la discriminación se hará a base de la conveniencia de que se conserven en la localidad o en sus proximidades. Esto, que se refiere incluso

a las excavaciones oficiales costeadas por el Estado, es tanto más lógico aplicarlo a aquellas que han sido sufragadas, en todo o en parte, por entidades municipales o por particulares.

Pero hemos de examinar el reverso de la medalla, pues no basta que su anverso sea totalmente favorable a esta dispersión museística, que provoca la animadversión de buen número de colegas profesionales, radicados a la sombra de los grandes museos de las capitales.



CROQUIS MUSEISTICO DE CATALUÑA

Se excluyen las colecciones de propiedad privada, incluso aquellas que tienen valor y organización de Museo, como la del Castillo de Perelada. No se pretende dar una relación completa de museos. Apenas confeccionado el croquis ya recordamos museos no anotados, como el de Caldes de Montbui.

Por un lado no siempre existen estas mínimas condiciones de buena instalación que exige la ley (no hablemos de las de seguridad, que siempre son relativas, ya que en las grandes poblaciones se requiere más vigilancia que en las pequeñas, y no son más frecuentes los robos de piezas de museo en éstas que en aquéllas). Es cierto que en todos los museos se manifiesta un evidente progreso en las instalaciones. Siempre circunscribiéndonos especialmente a Cataluña, es evidente que entre los tiempos heroicos de comienzos de siglo en que, Puig y Cadafalch y sus colaboradores, sacaban de la nada los primeros museos de nuestra tierra, merecedores de este alto nombre¹ y los actuales hay una gran diferencia, a cuyo logro han contribuido sin distinción corporaciones y personas beneméritas. Pero queda mucho que hacer en este terreno, y hay museos locales que evidentemente dejan que desear, lo mismo en cuanto a edificios que en cuanto a material de instalación propiamente dicho, desde las vitrinas de exposición a los detalles de colocación de piezas, rotulación, elementos de estudio que deben acompañarla (maquetas, planos, fotografías, etcétera). Hacemos abstracción de las creaciones más recientes, que no han tenido tiempo suficiente para vencer estas primeras dificultades, y a las que hay que conceder el indispensable margen de confianza.

El deseo de perfeccionamiento existe. Hace pocos días hablábamos con uno de estos beneméritos directores, que por su tenaz labor no perciben honorario alguno, que se dolía de los defectos de instalación del Museo de su cargo, pero al mismo tiempo nos manifestaba su contento ante la próxima realización de obras de importancia que lo transformarían totalmente. Es de esperar que hechos de esta naturaleza se repitan, y la mejora progresiva de la instalación de los Museos locales se acentúe de día en día.

Mayor temor produce el posible anquilosamiento de algunas de estas instituciones, en especial las radicadas en lugares de muy limitado ambiente cultural. Hemos visto pequeños museos nacidos en torno al interés y dotes de organización de una persona, que, desaparecida ésta por las inexorables leyes de la vida y la muerte, han decaído hasta desaparecer de hecho. Hay que procurar apartar este peligro, no lanzándose a fundaciones innecesarias, y procurar que un Museo, por pequeño que sea, se aparte de las características de una colección particular, sin días de visita, que sólo puede ser examinada a presencia de su propietario y aún por pequeños fragmentos, ya

(1) Si alguna excepción hay que hacer acaso se refiera a la Biblioteca-Museo Balaguer de Vilanova y La Geltrú, cuya instalación, para su época, era muy digna. No se puede decir lo mismo de ciertos museos del Estado, como los de Barcelona y Tarragona, lamentable la del primero hasta su extinción, y no menos descuidada la del segundo hasta ahora, en que se espera que en fecha breve merezca por primera vez la denominación de Museo.

que guardada en forma inadecuada es muy difícil su exhibición ni siquiera muy parcial. Desgraciadamente vemos como se dispersan de continuo valiosas colecciones particulares, cuyos poseedores no han tomado en vida las necesarias providencias para su ingreso en los museos públicos, o su subsistencia como museos con personalidad propia, cuando se trata de grandes colecciones. El ejemplo de don Lázaro Galdiano y todavía más el del escultor Federico Marés, no es imitado por todos. Volviendo a nuestro tema, diremos que hay que organizar los Museos que hemos llamado locales, de manera que no pueda con ellos pasar cosa semejante, ni tampoco el almacenamiento de sus materiales en un desván de la Casa Consistorial, como no ha dejado de suceder. Todo esto es cada vez menos posible, ya que en general los museos van interesando, no a una sola persona, sino a núcleos crecientes de estudiosos y aficionados.

De más difícil solución es el problema que plantea a los grandes museos de las capitales la existencia de esta pléyade de museos menores, en especial en el campo de la arqueología prehistórica y antigua. Naturalmente que no existe ley alguna que prive a los grandes museos y a las instituciones que trabajan en contacto con ellos, de emprender excavaciones propias en el lugar donde deseen, dentro o fuera de la provincia o región donde radican. Nadie les negará los permisos necesarios, y las grandes excavaciones, en las que se trata de abordar la solución de problemas científicos determinados, pero que, de paso, pueden nutrir las vitrinas de las instituciones que las emprendan, son propias de entidades que cuenten con medios económicos abundantes, como son dichos museos. Pero para excavaciones menores, es evidente que su alejamiento material de los yacimientos los coloca en muchos casos en una situación de inferioridad.

Nos damos cuenta de que ésta, digamos, competencia, resulta un poco ridícula, en unos tiempos en que la investigación científica ha debido ya superar este fetichismo decimonónico del «objeto». A nosotros, hablando individualmente, el lugar donde en último término vaya a guardarse la pieza arqueológica, no nos apasiona. Nos interesa más conocer las condiciones del hallazgo, el complejo físico-geográfico del lugar donde ha tenido lugar, y otras cosas que tienen poco que ver con la vitrina que, finalmente, ha de alojar la pieza exhumada.

Con todo es evidente que para la investigación general, para el conocimiento global de nuestra historia primitiva, para su comparación con la de otros lugares, efectuada no sólo por nuestros científicos sino por los investigadores de estos lugares, es altamente deseable exista un Museo en el que

se exponga una síntesis demostrativa de todos los materiales en que se fundan las construcciones, a veces contradictorias, que los científicos van elaborando más o menos certeramente y entre continuas rectificaciones, sin que sea absolutamente preciso emprender una larga peregrinación por todos los puntos del país. Esta evidencia, como tal, creemos lo será para todos, incluso para los mantenedores de los Museos locales, que, además, han de ver con legítimo orgullo que el nombre de sus respectivas poblaciones figuren entre aquellas que ostentan hallazgos en museos más ampliamente visitados que los suyos propios, en especial por los investigadores extranjeros. Se trata pues, solamente, de buscar la fórmula que armonice los deseos de todos.

En primer término los Museos locales han de dar las mayores facilidades para el estudio de sus materiales, empezando por la facilidad de acceso a sus salas. En los más pequeños es naturalmente imposible, y hasta innecesario, en muchos casos, que tengan horas diarias de visita, pero el forastero que se presente en la población ha de encontrar siempre manera de visitar el Museo sin ninguna dificultad. Además, aquellos materiales conviene estén debidamente ordenados, catalogados, fotografiados. Esta sola necesidad hará comprender a muchos estudiosos que la creación y mantenimiento de un Museo es tarea árdua, a la que no hay que lanzarse alegremente, en especial si se pretende que este Museo, en su parte arqueológica, se nutra no sólo de las piezas que casualmente y un poco por aluvión se vayan recogiendo, sino del producto de estudios emprendidos por el mismo grupo que ha creado el Museo, o por otros organismos superiores que confieran al Museo el honor de depositar en él los resultados materiales de sus trabajos.

En segundo término los hallazgos de excavaciones si, en el rigor de la palabra, nunca pueden producir duplicados, cosa que excluye la individualidad irreductible de cada objeto, sí proporcionan grandes cantidades de similares. Suelen ser tantos, que ni el Museo local ni el Museo general pueden exponerlos en su totalidad. Comentábamos este hecho con un colega, refiriéndonos a un vasto cementerio a cuya excavación, efectuada por un Museo general, había colaborado. Las urnas que contemplábamos, ninguna «duplicada», eran tantas que se podía llenar con ellas todas las vitrinas de una vasta sala. Ni en el Museo en cuestión se disponía de espacio para ello. De hecho, algunas estaban expuestas, y había la intención de exponer más, otras habían sido depositadas en Museos locales, otras, las que teníamos a la vista, estaban en el almacén del Museo, ordenadamente colocadas, hay que decirlo. Lo mismo habría acontecido pero agravado, si hubiésemos estado en un Museo de menor importancia y, por lo tanto, de menor capacidad. En muchos

yacimientos acontece lo mismo, en menores proporciones si se quiere, pero en términos esencialmente parecidos. Si se trata de yacimientos muy reducidos, como un dolmen o un pequeño abrigo sepulcral, bien pronto se conocen varios dólmenes o abrigos de la misma comarca y de contenido culturalmente semejante. No hablemos de las grandes excavaciones ibéricas y romanas, que dan masas ingentes de materiales de escombrera, que resulta imposible exponer, hasta tal punto que los fragmentos de tejas, ladrillos, ánforas, etc., a veces es imposible ni tan sólo almacenarlos.

Es pues bien factible, en la mayoría de los casos, formar series similares, que encuentren adecuado cobijo en el Museo local, cerca del lugar del hallazgo, y en el Museo general, junto a los materiales contemporáneos de otras localidades, facilitando su estudio y comparación, más efectivo sobre los ejemplares originales que sobre series fotográficas.

Finalmente hay buen número de pequeños hallazgos que no depasan el interés local. ¿Qué harán en un Museo nacional unos fragmentos de *tegulae* o de ánfora, unos trozos de dolium, de *sigillata* o de pavimento testaceo, encontrados en tal o cual lugar de nuestra vieja tierra, que rebosa de tales hallazgos? El gran Museo se limitará, todo lo más, a almacenarlos, mientras que en el Museo local cobrarán la importancia de un humilde, pero fehaciente testimonio histórico de la población.

Queda el problema de los llamados «ejemplares únicos»; queremos decir aquellos que no tienen similares en el yacimiento de que se trata. Para nosotros, que lo que más nos interesa es lo común, precisamente por serlo y por lo tanto informar de verdad una cultura y una manera de vivir, no constituirían preocupación mayor, pero hay casos en que tales ejemplares pueden ser muy comunes en otros lugares y constituir precisamente el nexo que permita fundar paralelismos culturales o cronológicos del mayor interés. ¿No parece que las más de las veces, contando con la posibilidad de hacer de ellos reproducciones perfectas, se logre salvar el problema? Cada caso de éstos, precisamente por este carácter de «únicos» o excepcionales, hay que plantearlo en particular, y no creemos que nunca deje de encontrarse la solución más adecuada, sin provocar competencias que nos parecen un poco trasnochadas, como aquella originada entre un Museo general y un Museo local, cada uno de los cuales posee fragmentos de un mismo vaso prehistórico encontrados en épocas diferentes, y que, por falta de buena voluntad, no logran ponerse de acuerdo sobre tan nimia querella.

En resumen, no creemos que la vida de los Museos locales entrañe el anquilosamiento de los Museos generales, si éstos, aparte de los activos estudios propios, que es obligación efectúen, mantienen una estrecha y cordial rela-

ción con aquellos, sin pretender anularlos ni gobernarlos, y al mismo tiempo los estudiosos dispersos en los pueblos, villas y ciudades comprendan el interés de estar representados, mediante series de sus hallazgos más representativos e importantes, en los grandes museos de importancia nacional.

P. Ib. 18-3a

T. G. J. Soler - Villanueva y Geltrú